

Nuestras Posesiones Marítimas

Dársena de San Juan de Nieva

El puerto de San Juan de Nieva, de profundo calado, anchuroso, es uno de los mejores de la costa cantábrica, y ofrece seguro refugio a los buques en los días de temporal.

Su construcción data de no muchos años, cuando Avilés, necesitado de expansionar su comercio marítimo, para el que era insuficiente el puerto local, consiguió de los poderes públicos la construcción de esta gran dársena a 3 kilómetros de la villa avilesina, y a la que se va por espléndida carretera, bordeando

Arnao, ha construido en él almacenes y puesto en explotación grúas, así como el Sindicato Minero y otras empresas, facilitando el tráfico naviero y haciendo que San Juan de Nieva sea centro de poderosa actividad.

Avilés se enorgullece de su puerto. Y es natural que así sea, no sólo por su poderosa importancia, sino porque sus perspectivas son encantadoras y el paisaje que lo circunda es maravillosamente bello y sugestivo. Es el sitio ideal para pasear, sobre todo en las tardes espléndidas del invierno, al tiempo

la ría de azules y tersas aguas, o por la línea del ferrocarril del Norte.

Nuestro grabado, bella fotografía original de D. Manuel G. Alonso, da una impresión exacta de este puerto. Al fondo, siguiendo la línea blanca del canal se descubre Villa-Ensueño y al centro las famosas dunas de Raíces inmediatas al playón del Espartal. La dársena, cruzada por extensa red ferroviaria, en cuyas paralelas funcionan constantemente potentes grúas, ofrece todo el año vida de trabajo, buques de alto tonelaje que arriban para cargar carbón o para hacer la descarga de mercancías.

Es hermoso el paisaje todo que rodea a este puerto, en el que millares de obreros subvienen a sus necesidades. La Real Compañía Asturiana, dueña de las minas y fábricas de zinc de

que el sol desha ciéndose en cho rros suaves de plata, ilumina la recta carretera del Torno

que conduce a la dársena, y se refleja en la superficie bruñida y esplendorosa de la ría. Es de un efecto de luz y colorido estupendo.

En la lejanía, a la derecha, lamiendo el mar sus vertientes, los montes de Estrellín, selváticos y enmarañados, cubiertos de pinos. A la izquierda, las verdes lomas de San Cristóbal y Raíces, con sus casitas aldeanas blancas como la nieve, y ya en la dársena los pinares que se extienden hasta Arnao, de una parte, inmediatos a la arenosa playa de Salinas, y de otra las cumbres peladas de Nieva, en las que está el faro, solitario, frente al Cantábrico bravío, que ruge a sus pies, enviándole copos de albas espumas... Y todo presidido por las sirenas de los vapores...